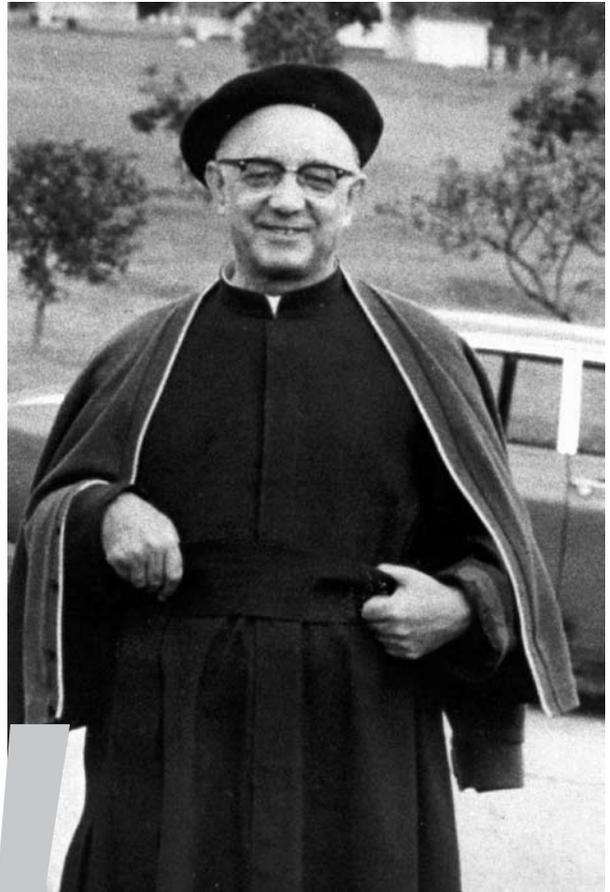


A los 40 años de su ida

Mis recuerdos de Manuel

José Ignacio Arrieta, s.j.*

Hace 40 años se apagó la llama de un siervo bueno. Nunca terminaremos de reseñar facetas de la personalidad de Manuel Aguirre Elorriaga, el primer jesuita no nacido en Venezuela que se nacionalizó venezolano. Y con qué orgullo lo expresaba



V eintiocho de febrero de 1969, Manuel Aguirre Elorriaga, amanece con una gripe tumbativa que en Caracas casi adquiría el carácter de epidémica. Se decía que parecía un virus normal pero atacaba a lo más débil que pudiera tener un cuerpo extenuado por diversos ataques a sus diferentes órganos. Todo esto lo percibimos demasiado tarde. Y Manuel aunque bastante recuperado por su tesón y voluntarismo había sufrido derrame cerebral e infartos.

Para nosotros, ingenuos, era una simple gripe con alta febrilidad, de la que pronto se restablecería y lo veríamos con su tijera en mano diagramando la revista en su mesa de trabajo de Santa Tecla, sede del naciente Centro Gumilla (apenas habíamos picado la torta con una velita). Lo veríamos pronto al teléfono demostrando la alegría porque su pupilo Rafael Caldera era ya el electo Presidente de la República, que sucedería al buen hombre que había sido el Presidente Raúl Leoni.

Tan lejos estaba de él y de nosotros la posibilidad de su partida que inclusive media hora antes, estuvo en franca pero amigable discusión con su primo Santos Elorriaga, que trabajaba con nosotros, sobre el jugo que debía tomar. Como buenos vascos arreciaban sus argumentos más con voces que contenido argumental sobre si lo lógico a tomar para la gripe era toronjas o naranjas.

Esos días se estaba desarrollando un curso taller para la preparación de las primeras religiosas que iniciarían una experiencia nueva de la Iglesia, que hasta hoy sigue dando frutos de creación de comunidades y de desarrollo popular desde la opción por los pobres. Estaban por nacer las Vicarías parroquiales gerenciadas por religiosas. A mi persona le había tocado desarrollar un tema el día anterior, 27 de febrero (estamos en 1969, nada que ver con la fecha de 1989).

Este día, 28 de febrero, el profesor era Manuel con su tema preferido “La Doctrina Social de la Iglesia”. Su esquema de doctrina social de la Iglesia que había profundizado con los trabajadores, universitarios, profesionales y sacerdotes era pedagógicamente expuesto por él. A pesar de que su voz y fortaleza en la dicción no era la de antaño por sus debilidades corporales, su convencimiento y capacidad de comunicación seguían siendo impactantes. Siembra vientos y cosecharás tempestades. Era su *leitmotiv* convencido.

Me ofrecí delante de su cama a sustituirlo en la clase, aunque yo ya lo había hecho el día anterior. Él, desde se reciedumbre vizcaína, me dijo que no, que él iría. Pero al poco tiempo me reconoció que no podría ir y que saludara a las hermanas de su parte. Yo le contesté con un hasta luego, un hasta luego que todavía está pendiente. En mamadera de gallo le insinué que le diría a las religiosas que el P. Manuel estaba muy malito y que a lo mejor se moría. Ninguno de los dos nos lo creímos, pero fue la última vez que lo vi en vida. Salí a hacer la suplencia más enriquecedora de mi vida.

Menos mal que mi prudencia, a pesar de mi juventud hoy alejada, me impulsó a sólo darle los saludos y hacer una oración por el pronto restablecimiento de su gripe. Las hermanas muy inquietas se interesaron por su salud, pero nadie avizoraba el final. Inclusive algunas al día siguiente de su fallecimiento me reclamaron el por qué no les había dicho de su gravedad. Yo simplemente compungido les decía “porque a mí también me pilló de sorpresa”. Yo nada preveía porque los caminos de Dios son insondables

Al concluir la clase me dirigí a una reunión con un grupo de jóvenes que habían hecho el Curso de Capacitación Social. Yo era el director de los Cursos de Capacitación Social, nacidos en Ocumare de la Costa, en diciembre de 1960 y en el que participé. Desde entonces se anudó una amistad y valoración íntima de Manuel.

Pasadas las 10 de la noche llegué a Santa Tecla y vi en su cuarto atalaya religiosas y gente. Me extrañó. Este no era su estilo. Al entrar un hermano jesuita me dio una noticia no deseada ni esperada: El P. Manuel ha muerto. Tan inesperada era la información que le contesté “Mira, con eso no se juega ni se echan bromas”. “Que es verdad, sube y te convencerás”. Efectivamente subí las escaleras de dos en dos y tuve que aceptar la evidencia. Manuel ha volado para encontrarse con el Padre a quien dedicó su vida. Ha resucitado. Se han acabado sus debilidades.

Aquella noche y el día siguiente delante de su cuerpo pasó mucha gente: pobres, trabajadores, estudiantes, empresarios, sacerdotes y obispos, políticos, hermanos jesuitas y de otras congregaciones religiosas, profesores de los cursillos y ex cursillistas de capacitación social de todo el país. Era un muestrario universal que significaba que Manuel era de todos sin distinción porque a todos él había amado. Las anécdotas, las vivencias, los cuentos todos iban develando lo que Manuel significó en sus vidas. También las mujeres que no se separaban del ataúd y lloraban como plañideras significaban el apoyo espiritual que Manuel les había dado. Entre todos se hacía un ramillete en el que podría estar escrito por cada uno: ¿Quién fue Manuel y qué significó en mi vida?

QUIÉN FUE MANUEL

Todas estas conversaciones y mis reflexiones a lo largo de mi ya dilatada existencia fueron engrandeciendo y valorando sus lecciones y entrega.

1. Porque Manuel fue un hombre de profunda espiritualidad. Dios era su centro. Su encuentro

con él era importante: su diálogo y oración con Él, el infaltable breviario (¿por qué le llamaban breviario?, ¿sería por la rapidez y brevedad con que se rezaba para huir de lo que entonces se consideraba un pecado mortal? Hoy con el término de Horas parece recobrar el sentido contemplativo y orante a lo largo de la jornada). Porque Manuel –aunque lo disimulara escondiéndose debajo de su boina vasca, tan distintiva en él, o con el tabaco-habano que en sus tiempos de buena salud tenía en su boca o en su mano– era un ser en el que Dios se manifestaba. Así se expresaba en oraciones, bendiciones, ofrecimientos a lo largo del día. En sus cursos se comenzaba con la oración en las clases o la hora de comer etc. Porque en realidad era contemplativo.

2. Su preferencia como signo y manifestación del amor de Dios se reflejó en su dedicación, solidaridad y entrega a los más pobres y a la necesidad de su organización. Por ello se volcó y se entregó a los trabajadores y su organización autónoma e independiente. Él podría haberse dedicado plenamente a la investigación histórica, dada su preparación y la obtención del Doctorado en Historia obtenida en la Pontificia Universidad Gregoriana. Sus clases de Historia eclesiástica en el Seminario de Sabana del Blanco, los obispos muchos de ellos antiguos alumnos de él, su presencia en el Departamento de Acción Social de la Iglesia, sus escritos particularmente en la revista *SIC*, resumaban su saber e inteligencia histórica, social y política. Todo ello era importante pero hubieran sido sólo unas elucubraciones teóricas sin su compromiso real con la organización sindical. Por ello cuando la represión de la dictadura hacía imposible el sindicalismo no gubernamental, se esforzó en formar a líderes obreros industriales y agrarios. Florecieron bajo su iniciativa las ligas agrarias y campesinas, al mismo tiempo que desde FUDASC formó a cientos y miles de trabajadores en el pensamiento de un sindicalismo autónomo no sujeto a los dictámenes de partidos, gobiernos y patronos. Y después del 23 de enero em-

pezó a impulsar a los trabajadores a crear sus propias estructuras sindicales autónomas. Con mucho sabor recordamos la reunión en el Colegio San José de Mérida en los primeros días del mes de enero de 1960 para, con la maestría consensual e inteligente de Arístides Calvani, ir definiendo el articulado y los principios de la futura CODESA. Pero la autonomía para Manuel debía ser también interna y recuerdo como en las votaciones jamás levantó la mano en señal de aprobación o negación porque era consciente de que el sindicato era de los sindicalistas y su papel nunca atravesó los umbrales más allá de su asesoría y formación, inclusive en la enseñanza de los recursos oratorios.

3. Manuel para mí, aunque no le desagradaba que le llamaran el Tirano Aguirre, era un hombre de diálogo. Se expresaba en las reuniones de evaluación con los profesores en los cursillos de capacitación social, adaptación de los cursillos de obreros para estudiantes y profesores, nacidos en las navidades de 1960 y en los que tuve el privilegio de compartir con él y enriquecerme con su prudencia y sabiduría. Más tarde, estos cursillos se organizarían desde Fragua y después de su derrame y ataques al corazón pasó el testigo a jóvenes jesuitas de los que se fiaba plenamente. Él asistía a algunas sesiones y luego manifestaba su contento con los nuevos conductores “están en buenas manos”, decía. El teólogo Pedro Trigo suele comentar ruborizado como siendo todavía un maestrillo participó como profesor y le criticó a Manuel el sesgo antimarxista de algunos esquemas. Manuel le dijo que presentara y expusiera otro esquema más positivo y ese fue el contenido que se mantuvo en el futuro. Cuando debilitado por su enfermedad, estando yo en Roma hacia 1962-1963 nos visitó, se abrió con nosotros en rasgos de intimidad y nos confesó su preocupación teórica ante las proposiciones de la propiedad comunitaria que se debatían en Copei. Él, de formación tradicional en el respeto a la propiedad individual como derecho humano quería comprender, y le conseguimos una cita con el famoso profe-



Su preferencia como signo y manifestación del amor de Dios se reflejó en su dedicación, solidaridad y entrega a los más pobres y a la necesidad de su organización. Por ello se volcó y se entregó a los trabajadores y su organización autónoma e independiente.

sor de doctrina social de la Iglesia el P. Díez Alegría. Era un hombre dispuesto al cambio y su satisfacción se llenó de regocijo ante los análisis de Díez Alegría. Fue sin duda un hombre abierto a las novedades y al cambio.

4. Por eso, qué felicidad sintió ante la promesa del cambio, pregonada por Caldera en 1968. Él le había animado a entrar en política con una actitud de servicio. Las tensiones que sufrió durante el conteo de los votos y las impugnaciones le terminaron de llevar al sepulcro y su contentura de ver a su pupilo como Presidente electo no se coronó con el poder presenciar su toma de posesión que sería en marzo. El corazón de Manuel dejó de funcionar el 28 de febrero. Recuerdo cómo seguía telefónicamente los números de los resultados y su mente se empezó a quebrar. Le oíamos decir los votos que había conseguido Caracas en vez de decir Caldera y los bolívares con los que estaba aventajando en vez de señalar los votos. Pero en el período de transición había cosas que no le gustaban de la prepotencia de algunos copeyanos y lo llevé a Tinajero. Pude presenciar la libertad de espíritu con la que hacía las críticas al Presidente electo, mientras éste anotaba como un pupilo disciplinado lo que le indicaba su maestro. Eduardo Fernández, era su secretario y de vez en cuando le instruía del modo de operar.

5. Manuel fue hombre de gran empuje desde su fe y con gran entusiasmo tomó sus actividades y misiones. Para mucha gente fue hombre de carácter indomable y esto le acompañó en la lucha contra sus disminuciones. Como el derrame le había dejado torpe en el hablar lo vimos cómo se ejercitaba con un grabador y mirándose al espejo porque él iba a conseguir lo que había perdido. Hombre de fortaleza y empeño, así fue en su obra más querida: la revista *SIC* de la que fue director todos los años de su vida, a excepción de unos 4 o 5 en que lo fue el P. Barnola. Preparaba minuciosamente las reuniones del Consejo de Redacción y aunque era flexible y escuchaba, todos sabían que él era el director y lo fue hasta el día en que nos dejó.

6. Como testimonio de solidaridad, aunque no estaba del todo convencido, se sumó a la tarea de hacer realidad la fundación del Centro Gumilla. Aportó su experiencia, su sabiduría, su piedad, sus relaciones y cómo no, la revista *SIC*, ante la insatisfacción de sus consejeros de San Francisco.

UN HOMBRE DE DETALLES

Nunca terminaríamos de reseñar facetas de la personalidad de Manuel que pudimos compartir. Cuántas vivencias y actividades del viejo Manuel se nos quedan entre las teclas de la computadora. Qué delicadeza supo manifestar en los años que su hermano Jenaro era Viceprovincial para no crearle situaciones que pudieran comprometer su gobierno. Este era Manuel, un hombre de detalles, aunque como vasco confeso y aun nacionalista, no lo manifestó. Porque su amor y dedicación a Venezuela era total. Por eso fue el primer jesuita no nacido en Venezuela que se nacionalizó venezolano y con qué orgullo lo expresaba. Manuel se ganó el cariño de todos y así lo profesamos. Que Dios lo bendiga en la eternidad porque fue siervo bueno y fiel, entra al gozo de tu Señor .

* Miembro del Consejo de Redacción.